

Positivismo y dominación

*Rubelia Alzate Montoya**

RESUMEN

Para reflexionar sobre la desigualdad social en el mundo neoliberal y globalizador que se concreta en un proceso de dominación creciente y agravado, abordamos la filosofía positiva de Augusto Comte porque se trata de una ideología que fortaleció desde sus inicios el sistema de dominación que hoy nos rige, sobre la base de que las leyes establecidas por un grupo de sabios constituían la forma adecuada de controlar a los opositores al desarrollo, ocupados de inhibir la conservación de las instituciones y tradiciones existentes. Esta corriente de pensamiento hoy fundamenta constituciones políticas y programas de gobierno en diversas instituciones.

PALABRAS CLAVE: división del trabajo, clases, poder, determinación material de la sociedad, base económica, economistas, proletarios, estructuración del sistema, características del cambio.

ABSTRACT

In order to ponder over the social inequalities produced by a globalizing neoliberal world that takes the form of an increasing and aggravated domination, we consider the philosophy of Auguste Comte because it's an ideology that from its inception was meant to strengthen the prevailing system of domination. It developed the idea that the laws formulated by a group of sages would establish an adequate means for controlling those opponents to progress that dedicated themselves to inhibiting the preservation of existing institutions and traditions. This school of thought is today actively laying the foundations for political constitutions and public policies in a wide variety of institutions.

KEY WORKS: division of labor, classes, power, material foundation of society, economic basis, economists, proletarians, social structuring, characteristics of change.

* Profesora-investigadora, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

INTRODUCCIÓN

Los intelectuales al servicio de las clases dominantes han creado distintas ideologías orientadas a ocultar la realidad con el propósito de legitimar y fortalecer el sistema. Esta situación ha incidido de forma negativa en la construcción, permanencia y consolidación del conocimiento crítico.

Una de esas ideologías que por sus características nos permite reflexionar sobre la desigualdad social actual del mundo neoliberal y globalizador, y que se concreta en un proceso de dominación creciente y agravado, es el pensamiento sociológico positivista de Augusto Comte porque contiene elementos que configuran una sociedad jerarquizada y abstraída de cualquier referencia de índole histórico-crítica.

Desde los orígenes del sistema de dominación que hoy nos rige se consideró que las normas establecidas por un grupo de “sabios”, constituían la forma más adecuada de controlar los sectores sociales opuestos a quienes procuraban “la conservación de las instituciones y tradiciones existentes”.

Uno de los resultados en el propósito de concretar una forma de conocimiento que normara, rigiera y mantuviera a la sociedad “fue que la ciencia [la física] quedó colocada en todas partes en un pedestal”.

[Sobre esta base, se consideró que] la ciencia era el descubrimiento de la realidad objetiva [que utilizaba] un método que nos permitía salir *fuera* de la mente, mientras se pensaba que los filósofos no hacían más que meditar y escribir sobre sus meditaciones. Esta visión de la ciencia y la filosofía fue sustentada por Comte en la primera mitad del siglo XIX, cuando se propuso establecer las reglas que gobernarían el análisis del mundo social (Wallerstein, 1996:13-14).

Comte revivió el término “física social” a partir de la perspectiva de situarse en este campo del conocimiento y salvar a Occidente de la “corrupción sistemática”, que se había convertido en un instrumento indispensable del gobierno. El orden y el progreso constituyen principios fundamentales de su sociología, y la misma permitiría la armonización del orden y el progreso al encomendar la solución de las cuestiones sociales a “un pequeño número de

inteligencias de élite” con educación apropiada. En este contexto la sociología comtiana no nace como una ciencia histórica y crítica de la sociedad, sino como una respuesta¹ y un aval de la sociedad burguesa capitalista; se trata de una sociología empeñada en ejercer la dominación ordenada y elaborada por unos cuantos “más capaces”, frente a todos los “incapaces”.

Distintos aspectos teóricos podemos referir en torno a esta corriente de pensamiento, pero aquí sólo vamos a destacar cuestiones orientadas a la estructuración de la dominación, mismos que para el autor significaron la opción dirigida a reorganizar la sociedad conforme a los dictámenes de la burguesía y en pro de la consolidación del sistema capitalista.

DIVISIÓN DEL TRABAJO Y ESTRUCTURACIÓN DE LAS CLASES

Es fundamental en la formación de la sociedad positiva la separación de las actividades intelectuales y las prácticas; es decir, la división entre las tareas que conducen a los trabajos teóricos y las que dan como resultado los trabajos prácticos porque es una condición que permite medir el grado de civilización de un pueblo, ya que el mismo se calcula por el nivel en que se encuentra desarrollada la división de la teoría y de la práctica, aunado a la armonía que entre éstas exista (Comte, 1981:94).

En la separación entre los trabajos teóricos y prácticos se requieren las intervenciones políticas diarias y comunes, pero sobre todo se torna indispensable si se tiene en cuenta la debilidad del espíritu humano, en el proceso de reorganización total de la sociedad. Se trata así de la primera condición requerida para establecer una dinámica pero con orden (Comte, 1981:95).

El autor sustenta la necesidad de la separación entre las actividades teóricas y las actividades prácticas, pero con la prevalencia del trabajo

¹ “La sociología es una ciencia social contemporánea, relativamente nueva, pues tiene escasamente dos siglos de vida. Nace con los cambios sociales de fines del siglo XVIII y se consolida en el contexto de la revolución burguesa e industrial científico-técnica del siglo XIX” (Roitman, 2003:9).

intelectual sobre la actividad práctica, porque la parte práctica requiere del avance de la parte teórica (Comte, 1979:15-16).

La división del trabajo es relevante porque es la forma de captar la naturaleza del trabajo y, en consecuencia, *de efectuar la selección de los hombres llamados a ejecutarlo* (Comte, 1979:16); de esta manera la actividad intelectual permite la destinación de los hombres a las actividades del mismo orden o a las de carácter práctico.

Tiene lugar entonces una capacidad diferenciada de los hombres para enfrentar el trabajo como unidad intelectual y práctica. No es posible realizar dos tareas opuestas debido a que existe una relación indispensable y única entre cada clase de capacidad y cada naturaleza de trabajo (Comte, 1979:17). La división del trabajo intelectual cada vez más desarrollada, es una de las particularidades más relevantes de la filosofía positiva (Comte, 1979:37).

Frente a este tema, Comte indica que no es posible desdeñar las serias dificultades que genera el excesivo particularismo, por lo tanto, se requiere impedir con las medidas correspondientes, los efectos perjudiciales de la especialización acrecentada (Comte, 1979:37).

La posibilidad de caer en el particularismo sin tener en cuenta lo general se evita con el perfeccionamiento de la división del trabajo, que consiste en realizar con todas las generalidades científicas “una gran especialidad” producto de las acciones de dos tipos de intelectuales: en primer lugar está una nueva clase de científicos ocupados en especificar en las diversas ciencias positivas las características de cada una de éstas, de ubicar sus relaciones y de sintetizar en lo posible los principios propios en principios comunes, todo ello bajo la dirección de las reglas fundamentales del método positivo. En segundo lugar, están otros científicos capacitados que se ocupan del conjunto de los conocimientos positivos, para beneficiarse del conocimiento de los científicos ocupados en el estudio de las generalidades y al mismo tiempo en rectificar sus resultados (Comte, 1979:38).

Cuando se satisfagan estas dos grandes condiciones, y es claro que pueden cumplirse, la división del trabajo en las ciencias podrá llegar, sin ningún peligro, tan lejos como exija el desarrollo de los diversos órdenes de conocimiento. Una clase diversa, en contacto permanente con todas las demás, que tenga como función propia y continua vincular cada nuevo descubrimiento particular al sistema general,

y no habrá ya que temer el que una señalada preferencia concedida a los detalles impida jamás ver el conjunto. Dicho brevemente: se habrá constituido la organización moderna del mundo científico y no quedará sino desarrollarla, indefinidamente, conservando siempre el mismo carácter (Comte, 1979:38).

En cuanto a la necesaria conexión entre la especialización y la generalización indica que la adecuada especialización permite que las mutuas realizaciones den lugar a trabajos continuados y, a su vez, esta interacción previene la dispersión de las concepciones humanas.

Para concretar la interrelación entre la división y la generalización Comte afirma que la división se presenta a nivel práctico-teórico. En lo práctico ocurre la división mientras que lo teórico responde a la generalización (Comte, 1979:161).

El progreso constante, resultado de una especialización del trabajo y el deterioro que genera se contrarresta con la creciente acción de gobierno y sobre todo de gobierno espiritual. Los inconvenientes de la división del trabajo tienden, a aumentar, lo mismo que sus ventajas; los primeros eliminarían a las segundas si tuvieran curso libre; pero a esta posibilidad se interponen la acción continua de dos fuerzas, una moral y otra física, que se ocupan de dirimir las divergencias y de fortalecer los elementos comunes. También la intervención de las fuerzas morales y físicas es inevitable, debido a que el desarrollo natural de las distintas desigualdades, producto de la división del trabajo, establece jerarquía de orden espiritual o temporal, y es al gobierno a quien corresponde regularizar las jerarquías, sin eliminarlas, puesto que se trata de jerarquías espontáneas que surgen en el interior de la sociedad (Comte, 1981:265-266).

Del argumento anterior puede deducirse la legitimación de la división del trabajo, que consiste en reconocer y justificar la subordinación de unos grupos por otros. En relación con sus funciones estos grupos de poder son de carácter espiritual o de orden temporal. El ejercicio del poder espiritual está en manos de los sabios y el poder temporal lo sustentan los directores de los trabajos industriales.

A los grupos de poder corresponde controlar la forma de operación creciente de la división del trabajo en la sociedad positiva, los sabios tienen a su cargo las formas de control y los indus-

triales o intelectuales de la economía y la política se ocupan de la organización de la administración con base en los elementos aportados por el primer grupo (Comte, 1979:18).

En tales condiciones, la división del trabajo opera en términos del control ideológico que deben ejercer los grupos de poder, sobre las posibles formas de dispersión de los trabajos encaminados a dar consistencia a una forma socioeconómica que se consolida: la sociedad industrial capitalista.

La propuesta comtiana de la división del trabajo tiene un carácter universal; al respecto sostiene la necesaria orientación del trabajo intelectual por parte de los países occidentales o más desarrollados en cuanto a una perspectiva de sociedad industrial.

En el diálogo undécimo *del catecismo positivista*, relacionado con el régimen público, se plantea la posibilidad de expansión del régimen positivo:

En todo el Occidente europeo, incluidos los apéndices coloniales, ante todo americanos prevalecerá la fe positiva. El Occidente regenerado bajo los principios de la nueva fe positiva deberá involucrar a todos los pueblos del planeta debido a que su "unidad" característica, le concede el merito de abrazarlo todo (Comte, 1979:259).

En concreto, la elaboración de esta tarea intelectual corresponde a "las fuerzas combinadas de los sabios europeos por su nivel de capacidad y cultura intelectual", a ellos está asignada la realización de una teoría positiva, teniendo por objeto la concepción del sistema social nuevo (Comte, 1979:22; 1981:107).

En los señalamientos que anteceden queda legitimada en la ciencia positiva la división del trabajo y, por ende, la superioridad intelectual de los sabios, pero de los sabios europeos, posición que avala la división internacional del trabajo.

En estas circunstancias el régimen de dominación tiene su origen en las capacidades intelectuales naturales y diferenciadas y no en la apropiación de los bienes materiales.

Las clases

En la legitimación de los grupos de poder diferenciados en su intelectualidad y explicitada en la división del trabajo se fundamenta la

división de clases en la sociedad. Cuantas veces la sociedad requiera de trabajos teóricos debe dirigirse a la *clase* de los sabios, porque es desde muchos puntos de vista la indicada para elaborar el trabajo teórico de la reorganización social. A los sabios corresponde iniciar la primera serie de trabajos y los industriales deben organizar el sistema administrativo, pero basados en los principios teóricos elaborados por la clase de los sabios; todas las otras clases carecen de dos elementos fundamentales propios del gobierno moral y que son “la capacidad y la autoridad teóricas”. En un trabajo tan relevante son las clases las que deben intervenir y no los individuos (Comte, 1979:18-19) carentes de capacidades superiores.

Son cuatro las grandes clases que integran la sociedad moderna o positiva y su conformación se inicia por el elemento intelectual ocupado en promover una confrontación determinante contra el régimen teológico y militar. La oposición temporal que debía darse provino de la *burguesía* que quería desde tiempo atrás suplantar a la nobleza; no obstante, la resistencia de ésta no pudo vencerse sino solicitando la ayuda de los proletarios franceses a los jefes del poder temporal; en estas circunstancias el proletariado se involucra en la lucha política, contribuyendo al establecimiento del orden moderno; también en el verdadero régimen humano la revolución femenina debe completar la revolución proletaria, cómo ésta consolida la revolución burguesa emanada a su vez de la revolución filosófica (Comte, 1979:133).

Para comprender mejor la estructuración social es necesario considerar la función de dos clases especiales: el sacerdocio –que aconseja– y el patriciado –que domina. La primera en su tarea espiritual y la segunda en sus acciones materiales, conservan y fortalecen los bienes de la humanidad para ser distribuidos de manera jerárquica entre sus miembros, dado que así lo determinan las leyes naturales (Comte, 1979:213).

En resumen, la organización clasista de la sociedad es requerida para la consolidación del régimen positivo, tiene una base intelectual y los distintos sectores que la conforman cumplen funciones de integración pero manteniendo cada uno su condición de clase, debido a que la capacidad de los sujetos se fundamenta en caracteres naturales inmodificables; esta circunstancia puede observarse al analizar cada una de las funciones que cumplen los sectores que constituyen la sociedad de clases.

a) Los intelectuales

Para Comte, esta "clase" integra el grupo más selecto, más apto intelectualmente y determinante en la constitución de la sociedad positiva, en la medida en que genera la base inicial de la misma: el elemento teórico.

La acción decisiva del sector intelectual en el conjunto de procesos de la sociedad le ubican en una posición de poder, porque son ellos quienes poseen los dos elementos fundamentales del gobierno moral: la capacidad y la autoridad teóricas (Comte, 1981:103); por lo tanto, son los orientadores espirituales. La cuestión intelectual motiva de manera determinante la existencia de una clase ocupada de las acciones de tipo especulativo y encargada de suministrar a todas las demás reglas generales de conducta de las que no pueden excluirse, debido a que no son aptas para constituir las y que al admitirlas y partiendo de su capacidad de razonamiento pueden llevarlas a la práctica (Comte, 1981:271).

El papel teórico dominante de la clase intelectual es fundamental en la estructuración y funcionamiento de la sociedad, dado que genera para la hostilidad entre patronos y obreros una vía de solución. Esta complicada dificultad requiere de manera imprescindible de la influencia permanente de una doctrina moral, que obligue a los patronos y a los obreros a deberes mutuos y acordes con las relaciones entre ambas clases. La doctrina moral no puede provenir más que de una autoridad espiritual, poseedora de un nivel de percepción lo suficientemente amplio para incluir las diferentes relaciones entre las dos clases y desinteresada de movimiento práctico como para así evitar parcialidad respecto a dos clases contrapuestas entre las que debe interponerse; entre relaciones opuestas tiene que ejercerse disciplina, establecerse el orden, porque de lo contrario quedaría prevaleciendo su propio antagonismo (Comte, 1981:277-278).

En tales circunstancias se hace indispensable una regla moral y, en consecuencia, una autoridad espiritual que contenga los conflictos y dé lugar a la convergencia. La tarea de los intelectuales del orden consiste, respecto a los patronos y obreros, en eliminar toda forma anárquica posible entre estos dos sectores mediante la "reorganización espiritual", que se logra interponiendo entre los obreros y sus jefes una autoridad moral, "única base regular de

una conciliación general pacífica y equitativa de sus principales conflictos, casi abandonados a la disciplina bárbara de un conflicto reducido a lo material” (Comte, 1981:146).

En síntesis, las relaciones sociales en el positivismo deben quedar para su determinación en manos de los intelectuales que sustentan el poder espiritual (Comte, 1981:88), y que son entonces los encargados de canalizar la lucha de clases a una situación de equilibrio y de orden. El conflicto de orden material debe ser resuelto por la autoridad moral con base en la tarea de reorganización espiritual.

b) El patriciado o la burguesía

Cuando la burguesía alcance por sus convicciones a superar su ambición es transformada en el patriciado, dada su ambición envidiosa y su ciego desprecio por las clases populares, cuando sus costumbres sean lo suficientemente regeneradas, su cabeza se fundirá en el patriciado y su masa en el proletariado, disolviendo las clases medias propiamente dichas (Comte, 1979:252).

El patriciado –grupo social asignado para concentrar en sus haberes el conjunto de la riqueza–, integrado en Occidente por banqueros, comerciantes, fabricantes, agricultores y por jefes industriales (Comte, 1979:253), forma el conjunto de sectores organizados que ejercen una libre actividad en la aplicación de su capital; su responsabilidad en este campo es sólo de tipo moral y redundante en favor de un proletariado mucho más numeroso (1979:252; 1981:63).

Dentro de los sectores de la nueva burguesía o patriciado tiene una especial representación en el poder la burguesía financiera.

En cada república particular, el gobierno propiamente dicho, es decir, el supremo poder temporal, pertenecerá naturalmente a los tres principales banqueros, respectivamente dedicados con preferencia a las operaciones comerciales, manufactureras y agrícolas (Comte, 1979:253-354).

En alusión a la función del patriciado Comte legitima la subordinación del proletariado; por una parte, a esta clase, como se indicó, corresponde concentrar el total de la riqueza de la sociedad, también

decidir sobre los reclamos del proletariado y procurarles el goce pacífico de la vida familiar; así como determinar sus condiciones de vida, por ejemplo, salario y vivienda estables.

Los banqueros con la disponibilidad de inmensos capitales, bajo una acción espontánea o por petición de los sacerdotes, tienen una participación generosa en la solución de los conflictos y su "protección" no sólo es para los proletarios oprimidos, sino también para los sacerdotes (Comte, 1979:256-257).

Sin embargo, la tarea moralizadora del patriciado no es cumplida a cabalidad, por lo cual Comte admite que es necesario "dejar una marcha moderada a las vulgares satisfacciones del orgullo o de la vanidad, únicas capaces ordinariamente de excitar el celo que el consejo y el mando exigen" (Comte, 1979:254-255). Aquí cabe lo que podría considerarse una forma de legitimar la descomposición o margen de acción que se escapa a toda posibilidad del control moralizador.

c) Mujeres, proletarios y trabajo

Dentro de la concepción clasista de la sociedad, Comte asigna una posición subordinada a estos dos sectores. En cuanto a sus funciones sostiene que las tareas intelectuales no corresponden ni a los proletarios ni a las mujeres; puesto que ni unos ni otras pueden, ni quieren dedicarse a este tipo de trabajo (Comte, 1979:130, 249-261).

Estos dos grupos se encuentran en interacción constante durante sus actividades, sin embargo, las mujeres se imponen al proletariado por sus tareas moderadoras y afectivas.

[Dentro de la humanidad] Este guardián moral comporta tres tipos naturales, la madre, la esposa y la hija, y cada uno tiene muchas derivaciones [...] En conjunto, abraza los tres modos elementales de la solidaridad, *obediencia*, *unión* y *protección*, como también los tres órdenes de continuidad, vinculándonos al pasado, al presente y al porvenir. Según mi doctrina cerebral, cada uno de ellos responde especialmente a uno de nuestros tres instintos altruistas, la *veneración*, la *adhesión* y la *bondad* (Comte, 1979:102).

La mujer junto con el sacerdote constituyen “los dos elementos esenciales del verdadero poder moderador, a la vez doméstico y cívico” (Comte, 1979:130).

Por su parte, la filosofía imperante en el momento de conformación de la filosofía positiva es subsanada por el “sexo afectivo” en la medida que impone su sentimiento y preserva la sociedad de su irreparable disolución (Comte, 1979:131).

Por otro lado, la mujer es un elemento activo en cuanto a imposición del orden dentro del régimen positivo:

Sin la digna intervención del sexo afectivo, la disciplina positiva no llegará a rechazar hasta los últimos lugares a esos pretendidos pensadores que deciden en sociología, ignorando la aritmética [en este sentido añade] pese a las prevenciones empíricas las mujeres son muy dispuestas a apreciar bien la única doctrina que puede hoy conciliar radicalmente el orden y el progreso (Comte, 1979:132).

Así, la mujer constituye un centro de atracción para el régimen positivo porque de ella depende el advenimiento decisivo de la sociedad occidental. Para que se dé la regeneración final o se concrete el régimen positivo, el movimiento de las bases generales debe extenderse hasta las mujeres. Este complemento decisivo “se liga, sobre todo, a la revolución popular, según la evidente solidaridad que subordina la incorporación social del proletariado a la digna redención de la mujer de todo trabajo exterior” (Comte, 1979:133). La mujer es, pues, el elemento indicado para cumplir la tarea antirrevolucionaria, toda vez que bajo su santa reacción “la revolución proletaria se llegará a purgar espontáneamente de las disposiciones subversivas que la neutralizan hasta ahora” (Comte, 1979:134). Las mujeres y los proletarios en su afán positivista “jamás han desconocido la íntima reacción del sentimiento sobre la inteligencia” (Comte, 1979:145).

No obstante la ubicación de las mujeres y los proletarios, la superioridad masculina se impone en términos de la capacidad cerebral, sus posibilidades de mando y de justicia; y aunque la mujer tiene la facultad de disciplinar el impulso carnal del hombre mediante la ternura, el hombre es superior “en todo lo que concierne al carácter propiamente dicho, fuente principal del mando. En cuanto a la inteligencia, ofrece, de un lado, más fuerza y extensión; de otro,

más penetración y justicia”; en síntesis, la superioridad masculina “es incontestable” (Comte, 1979:244).

A pesar de la función que desempeñan la mujer y los proletarios, los mismos son una clase subordinada en el sistema positivo; en este sector de la sociedad todo régimen de derecho es sustituido por un régimen de deber.

El positivismo sólo admite deberes en todos y entre todos, porque si su punto de vista es siempre social, no le es factible admitir ningún derecho, fundado sobre la individualidad, por numerosos que sean nuestros esfuerzos realizados en una larga vida y bien empleada sólo será posible la devolución de una porción imperceptible [...] Todo derecho humano es, pues, tan absurdo como inmoral (Comte, 1979:248-249).

En el positivismo se sustenta una relación de derechos de los superiores frente a los inferiores, y de deberes de estos últimos frente a los primeros. El funcionamiento de la sociedad integrada por clases, en este caso, es factible mediante la operación de una doble máxima: “*Caridad de los fuertes hacia los débiles; veneración de los débiles a los fuertes*. Ninguna sociedad puede durar si los inferiores no respetan a los superiores” (Comte, 1979:251); en estas circunstancias, los deberes corresponden a los débiles y los derechos a los fuertes.

Además, el proletariado coincide plenamente con la relación de subordinación, dado que grandes deberes demandan grandes fuerzas (Comte, 1979:252). La doctrina positiva ennoblece la obediencia y afianza el mando (Comte, 1979:254). El sometimiento del proletariado le invalida para decidir sobre sus condiciones de vida en general y, en consecuencia, las mismas quedan a cargo de los sectores superiores o clases dominantes.

En el campo laboral un principio fundamental del positivismo es el “carácter necesariamente gratuito del trabajo humano”; dicho principio se constituye en una base sólida para desarrollar en mejor forma los sentimientos y las convicciones que atañen a cada clase social. “Cuando el salario no se concibe como la paga del valor del funcionario, sino solamente los materiales que consume, el mérito personal de cada hombre resalta a los ojos de todos” (Comte, 1979:254). Además, el trabajo debe ser reconocido conforme a la situación más que al mérito; esta afirmación es avalada por la clasificación de los

individuos con base en su trabajo: la clasificación abstracta que se hace conforme a su apreciación intelectual y moral, y la clasificación concreta que surge de la subordinación de los oficios; estas dos clasificaciones se oponen entre sí y son resultado de la situación de los individuos. A los proletarios les corresponde, de acuerdo con esta distinción, la clasificación concreta o subordinada.

Por su parte, la felicidad deriva, precisamente, de una digna sumisión y de una “justa” irresponsabilidad, por lo cual corresponde al patriciado proporcionar la felicidad a los proletarios. En lo relativo al derecho de propiedad el positivismo establece: “Un proletario cualquiera debe poseer todos los materiales de un uso exclusivo y continuo, ya suyo, ya de su familia. Sólo esta regla, evidentemente realizable, puede asegurar el orden práctico”; sin embargo, sostiene que lejos de su verdadera realización, “muchos hombres estimables están aún desprovistos de la propiedad de sus muebles más usuales, y algunos no tienen siquiera la de sus vestidos”. En cuanto al domicilio afirma la carencia de la vivienda y la necesidad de una posesión irrevocable del alojamiento (Comte, 1979:255).

Otro aspecto relacionado con el trabajo y, en concreto, con el salario es que debe estar compuesto de dos partes desiguales:

[...] una independiente del trabajo efectivo y propio al oficio correspondiente, y otra subordinada a los trabajos diarios. Este es el único medio de garantizar a los obreros contra los periodos en que están sin trabajo, sin ser por su culpa, sin dejar, sin embargo, de permitir a los jefes un justo desarrollo de los diversos perfeccionamientos industriales, sobre todo mecánicos (Comte, 1979:255).

Como puede verse, el obrero tiene derecho a su salario, pero no a impedir el proceso de tecnificación de la industria, puesto que la vía tecnológica, según la visión del régimen positivo, “realza la dignidad moral del trabajador humano y aumenta su eficacia material”; de esta manera, los perfeccionamientos industriales deben llevarse a cabo libremente, haciendo caso omiso de todo reproche social. En cuanto a la proporción del salario tanto en su parte fija como móvil, corresponde al patriciado determinarla.

Respecto al culto de la humanidad, el proletario es colocado en la “extremidad inferior de la escala social, el culto recordará que su aptitud característica para registrar y rectificar todos los poderes

humanos, resulta, sobre todo, de una situación esencialmente pasiva, que no desarrolla tendencia alguna pronunciada" (Comte, 1979:176).

En estas circunstancias los sectores sociales, incluido el proletariado, tienen como función prioritaria contribuir a conservar la sociedad clasista.

La posición subordinada que el positivismo asigna al proletariado es reforzada por la acción del sacerdocio, a quien corresponde hacer comprender a este sector la ventaja de su condición social mediante la vía religiosa.

d) El sacerdocio y la religión de la humanidad

La referencia a este gremio nos permite adelantar aspectos sobre la cuestión del poder; ante todo, en lo relativo al nivel espiritual o a los mecanismos que este grupo utiliza para regular la marcha de la sociedad. En primer lugar analizaremos la caracterización que el positivismo hace de la religión.

La religión es el punto de convergencia hacia el que tiende la humanidad. Es, en sí misma, el estado de completa *unidad* que tiene lugar cuando tanto las partes morales como físicas, convergen regularmente en un destino común. La religión se ocupa por consecuencia de "*regular* cada naturaleza individual, y en *reunir* todas las individualidades" (Comte, 1979:135).

La dificultad de un logro pleno de la armonía tanto individual como colectiva es contrarrestada por la religión que fortalece "el tipo inmutable hacia el cual tiende cada vez más el conjunto de los esfuerzos humanos" (Comte, 1979:135).

En relación con la condición intelectual de la religión, las diversas creencias particulares quedan bajo el dominio fundamental de la fe que tiene siempre un mismo objeto esencial: "concebir el orden universal que domina la existencia humana"; al margen de las causas. La forma de operación de la fe positiva refuerza la vía que para el conocimiento utiliza el sistema positivo, toda vez que no apunta a las causas, por el contrario, "expone directamente las *leyes* efectivas de los diversos fenómenos observables, tanto interiores como exteriores" (Comte, 1979:139), o relaciones de sucesión y semejanza.

El aspecto de la convergencia y unidad de la religión es afinado con la referencia que hace a su dogma fundamental: “consiste, pues, en la existencia demostrada de un orden inmutable, al cual están sometidos los hechos de todas las clases. Este orden es, a la vez, *objetivo* y *subjetivo*”; en otros términos, este orden concierne tanto al objeto contemplado como al sujeto contemplador. “Toda fe positiva descansa, pues, en esta doble armonía entre el objeto y el sujeto” (Comte, 1979:140).

Aquí el autor se ocupa de equilibrar lo objetivo y subjetivo, pero la cuestión no se resuelve y se mantiene en un nivel puramente abstracto; tras este supuesto equilibrio “toda la historia de la humanidad se condensa necesariamente en la de la religión. La ley general del movimiento humano consiste, bajo un aspecto cualquiera, en que el hombre se hace cada vez más religioso” (Comte, 1979:264).

La convergencia y la unidad religiosas son reforzadas por la tarea armónica que efectúa el sacerdocio (Comte, 1979:105) a quien Comte designa como una clase complementaria, que se liga espontáneamente a todas las categorías sociales.

Los nexos del sacerdocio con las distintas categorías sociales pueden verse, por ejemplo, dentro de la industria; la acción a este nivel se debe a que dicha “clase complementaria” es la única concedora de todas las leyes esenciales del orden exterior.

El sacerdote se encuentra, así, ligado de una manera u otra a las distintas clases sociales. En relación con el proletariado y frente al patriciado cumple una función conciliadora. Debido a que la “imperfección cerebral” del ser humano impide al sacerdote hacer respetar en forma adecuada sus voluntades debe, en todo caso, tratar de moderar los conflictos que no puede impedir. “Su regla general, conforme a la naturaleza de la civilización moderna, consiste en condenar radicalmente, como igualmente anárquico y retrógrado, todo procedimiento militar de los superiores o de los inferiores” (Comte, 1979:256).

Frente al patriciado el sacerdote tiene además de esta relación conciliadora, nexos de orden monetario; el banquero es el encargado de efectuar los pagos sacerdotales, circunstancia que los relaciona entre sí. La relación del sacerdote con los sectores que integran el poder temporal se presenta a nivel educativo, a partir de la

tarea moralizadora y proporcionada a los hijos de los industriales (Comte, 1979:257).

El sacerdote, como miembro de la clase contemplativa está excluido de toda participación directa en la actividad económica, pero en relación con la clase activa supera los niveles de orden espiritual; Comte lo refiere, de alguna manera, cuando señala los requisitos de la función sacerdotal; una condición fundamental es “una renuncia completa a la dominación temporal y aún a la simple riqueza”, ello con el fin de preservarle de las desviaciones y de canalizar los capitales a quienes puedan utilizarlos, esto es, al patriciado;

[por su parte] la clase contemplativa debe siempre ser colectivamente alimentada por la clase activa; primero, por los libres subsidios de los creyentes, después con ayuda del tesoro público, cuando la fe llega a ser unánime. Nada, pues, debe poseer en propiedad, ni tierras, ni edificios, ni aún rentas, salvo su pensión anual, siempre por el poder temporal fijado (Comte, 1979:236).

El sacerdote es, así, la clase intermedia que difunde el modelo de espiritualidad indispensable para contener, ante todo, el menor intento reivindicatorio por parte de los sectores subordinados que vayan en contra de la realización y conservación de intereses de los sectores y clases dominantes; su tarea espiritual es afianzada económicamente por sus inmediatos correligionarios. Mediante esta interacción entre los detentadores del poder espiritual y del poder temporal se logra efectuar el control indispensable sobre los sectores y clases dominados.

EL PODER

Existen dos niveles fundamentales de poder en la sociedad positiva: uno espiritual, otro temporal. El debilitamiento del primero por el incremento del segundo conduce a la monstruosidad de una constitución sin poder espiritual, y por ende a un retroceso hacia la barbarie si fuera duradero (Comte, 1979:12).

La persistencia de la forma espiritual es indispensable debido a que junto con la forma temporal constituyen una interrelación

jerarquizada en la cual la parte espiritual debe tratarse primero y la temporal después.

Dentro de los grupos que ponen en funcionamiento estas formas de poder están, en primer lugar, los sabios “que tienen que emprender la primera serie de trabajos”, en segundo lugar, los industriales más importantes, quienes deben organizar el sistema administrativo conforme a las bases establecidas por los representantes de la primera forma de poder (Comte, 1979:18), como se indicó.

En el gobierno espiritual de la sociedad positiva también ejerce sus funciones el gran sacerdote de la humanidad en cooperación con sus sacerdotes y sabios positivistas. “Se trata de la suprema dirección religiosa, científica y moral, con intervención en los asuntos políticos” (Comte, 1979:110).

Por lo que respecta a la forma de operación del poder temporal, éste es llevado a cabo en cada república en particular “por los jefes de la industria y la agricultura. Existe un triunvirato a la cabeza de tal poder, integrado, naturalmente, por los tres principales hombres de empresa, dedicados, respectivamente a las operaciones comerciales, manufactureras y agrícolas” (Comte, 1979:110).

El aparato militar del poder temporal decae en sus funciones por la forma de operación característica del régimen positivo, puesto que la tranquilidad se mantiene principalmente por las nuevas costumbres; la acción se ejerce únicamente sobre los ambiciosos y los intrigantes que pretendan turbar la tranquilidad disputándose el poder (Comte, 1981:55).

El militarismo corresponde así a un momento primitivo de la humanidad, y es entonces relegado por el predominio del espíritu industrial; pacífico y reposado (Comte, 1979:62). El espíritu militar va decayendo conforme se impone el sistema industrial. El régimen positivo o forma de sociedad industrial, en su función moralizadora conduce a los hombres a resolver incluso sus debates más violentos al margen de la guerra y aumenta, en cambio, el poder del patriciado y la independencia del proletariado (1979:110, 257; 1981:62-63).

El sector de los menos aptos está exento de toda participación en el ejercicio del poder; no es incluido, por ejemplo, en el sistema de elección. La tarea inicial de los principales hombres de empresa es designar a los demás funcionarios “intérpretes de las leyes y agentes de poder” (Comte, 1979:110-111). Para Comte *el sistema electivo*

popular es nocivo, por lo tanto, la mejor fórmula de elección es la designación sucesoria. “El digno órgano de una función cualquiera es siempre el mejor juez de su sucesor, cuya designación ha de someterse a su correspondiente e inmediato superior” (Comte, 1979:111). Agrega en este sentido que “en sí misma toda elección de los superiores por los inferiores es profundamente anárquica, y nunca ha servido más que para disolver gradualmente un orden vicioso” (Comte, 1979:253).

La acción concreta que corresponde a los subordinados de la sociedad es indicar el fin; porque si este sector no sabe siempre lo que le hace falta,

[...] sabe perfectamente lo que quiere, y nadie puede olvidarse de lo que quiere para sí. Pero los conocedores de la política son los que de modo exclusivo deben ocuparse de los medios necesarios para alcanzar ese fin [...] La opinión debe desear, los escritores proponer los medios de ejecución y los gobernantes ejecutar. Mientras no se hayan diferenciado estas tres funciones existirán, en grado mayor o menor, la confusión y la arbitrariedad (Comte, 1981:11).

Por su parte, la mujer como miembro de la masa de una sociedad cualquiera queda también excluida de la actividad política, de ahí que su función sea exclusivamente moral, afectiva y antisubversiva (Comte, 1979:134). Las mujeres excluidas de la política, se convierten en un punto de apoyo para hacer prevalecer los principios por los cuales los proletarios serán capaces de colocar de forma adecuada “su confianza teórica y práctica” (Comte, 1979:131).

Respecto al poder político sostiene que aparece, como esencialmente material, dado que resulta siempre de la grandeza o de la riqueza (Comte, 1979:103). Esta forma de poder surge relacionada con la riqueza y, consecuencia con la propiedad privada.

Propiedad privada y concentración de la riqueza frente al poder

En la sociedad moderna o sistema positivo, la concentración de la riqueza debe estar indispensablemente en manos de los jefes industriales; la filosofía positiva sostiene que logrará difundir el

poco interés popular por ver en manos de quién se encuentran los capitales, siempre que su empleo resulte útil para la masa social.

Por su parte, la condición del capital de convertirse en beneficio social no tiene relación política o jurídica alguna, es asunto estrictamente moral. Es obvio que los adversarios de este proceso de “acumulación espontánea” de capitales, “por sus conceptos estrechos y pasiones odiosas”, buscan establecer normas legales en su contra, “a riesgo de paralizar directamente toda verdadera actividad social” (Comte, 1979:63). Pero la eficacia de un procedimiento moral en cuanto al manejo inadecuado de las riquezas privadas no procede de este tipo de oposición, sino de las sanciones que la moral positiva puede llevar a cabo ante el empleo excesivamente egoísta de las riquezas. La naturaleza de los reclamos populares por el mal uso de las riquezas es de orden moral, por su parte, la filosofía positiva debe hacer sentir a los dueños de la riqueza la obligación moral contraída en el uso de sus bienes acumulados.

Frente a la propiedad privada “los ricos se considerarán moralmente como los depositarios necesarios de los capitales públicos” (Comte, 1979:63), y su utilización efectiva no conllevará ningún compromiso político, salvo en casos excepcionales donde el asunto se determinará por previa y escrupulosa discusión moral. Así, el empresario capitalista queda liberado de todo compromiso político-jurídico y, además, tiene un reconocimiento social jerárquico por su responsabilidad superior (Comte, 1979:63-64). Entre los ricos y los proletarios se presenta, de esta manera, una relación política y moral de solidaridad.

En la acumulación se distinguen dos formas, por una parte está la acumulación de productos destinados a satisfacer necesidades personales; esta vía de acumulación generalmente se destruye, es decir, se consume, pero en ocasiones trae consigo propietarios que por su eficacia logran la concentración a este nivel. Por otra parte están las riquezas que implican una posesión simultánea:

[...] en la que todos aprovechan libremente el tesoro universal, y concurren espontáneamente a su conservación. No obstante esta diferencia fundamental, los dos sistemas de acumulación suscitan abusos equivalentes, en ambos casos resultado del deseo de gozar sin producir. Los conservadores de los bienes materiales pueden

degenerar en árbitros exclusivos de su uso, dirigido con excesiva frecuencia hacia satisfacciones egoístas (Comte, 1979:104).

Como puede verse, en el sistema positivo es indispensable la apropiación de la riqueza por unos cuantos, a cambio de adquirir un compromiso moral con el proletariado, que no siempre cumplen porque entre ellos –los patricios en este caso– hay tendencias hacia los intereses puramente personales y materiales, lo que culmina en la inevitable desigualdad. Ninguna doctrina está en posibilidad de frenar al desarrollo continuo del egoísmo individual, el cual se anima cada vez más, “a reclamar directamente, en nombre de la anarquía universal de las inteligencias, el libre desbordamiento de las pasiones, incluso de las menos sociales” (Comte, 1981:99-100).

La apropiación de los bienes se erige, pues, en un “medio indispensable de gobierno”; que no es exclusivamente responsabilidad de la escuela positiva, otros sistemas también contribuyen “a la ausencia de toda clase de auténticas convicciones políticas” (Comte, 1981:100).

Con el insistente reconocimiento de las acciones individuales al margen de la moral Comte sitúa, de alguna manera, la corrupción en el régimen positivo. Por lamentable que resulte para cualquier sistema una responsabilidad tal, es necesario saber reconocer que es una consecuencia inevitable de una determinada situación intelectual. A nivel del orden científico o positivo, donde son más “comunes y están mejor delimitadas las auténticas convicciones filosóficas”, también resulta practicable la corrupción, aunque a un margen menor y por individuos de convicciones positivas también menores (Comte, 1981:100-101).

De esta manera, la corrupción tiene para el autor, ante todo, un origen intelectual y lo corrobora en los siguientes términos:

Así, pues, salvo algunas anomalías sumamente raras, es preciso atribuir, sobre todo al estado indeciso y fluctuante en que la anarquía intelectual mantiene hoy en día habitualmente todas las ideas sociales, la expansión rápida y fácil de una corrupción que desvía en su provecho fácilmente las semiconvicciones vagas e insuficientes que presenta, por otra parte, cada vez más exclusivamente el mundo político actual (Comte, 1981:100-101).

Sin embargo, agrega que la corrupción no tiene como base única el desorden intelectual de los espíritus, también es producto de la necesidad para determinar una cierta convergencia social efectiva indispensable para lograr el orden social.

En la acción de la corrupción, la anarquía intelectual base fundamental de la misma, es propia no sólo de sistemas no positivos, también es elemento característico del nuevo régimen, dado que es imprescindible en él la tendencia “a destruir gradualmente toda fuerte convicción política” (Comte, 1981:100-101).

Un doble fin contradictorio del positivismo como es, por una parte, el establecimiento del orden y, por otra, el incremento a la posesión de la fortuna, conlleva inevitablemente al brote de acciones egoístas, propiciando el surgimiento de la corrupción (Comte, 1981:105).

Retomando posiciones comtianas respecto a la teoría y la práctica, es posible corroborar que la corrupción es un elemento presente en el régimen positivo. La teoría positiva por sus características teóricas tiene una validez absoluta, pero sus posibilidades prácticas de realización son parciales, así, una forma acabada de los elementos intelectuales y morales propios del régimen no puede darse, por lo tanto, queda siempre un margen para la anarquía intelectual; esto sumado a las posiciones adversas de los diversos poderes sociales que, en la medida de lo posible, impiden la evolución intelectual y moral de todos los miembros de la sociedad; no obstante ser la única vía que podría dispensar, “finalmente, de un expediente tan degradante y tan insuficiente”.

Por el contrario, parece que se hayan puesto de acuerdo ya los hombres de Estado de todos los partidos para prohibir con todas sus fuerzas esta única vía de salvación, al atacar indistintamente, con una reprobación absolutamente estúpida, cualquier clase de elaboración de teorías sociales (Comte, 1981:107).

Por último, el fenómeno de la corrupción se atribuye no sólo a los gobernantes sino también a los gobernados, porque “si unos recurren a él, los otros lo aceptan” (Comte, 1981:102).

Poder y dominación en la familia

Otra forma de subdividir actividades y reforzar el sistema de poder en el régimen positivo es asignando a la estructura familiar una acción moralizadora y una organización jerárquica.

En la concepción de la filosofía positiva la familia cumple un papel fundamental por sus funciones dentro de la organización de la nueva sociedad. Esta institución tiene una base natural y “constituye el primer fundamento del espíritu social; la unidad primordial de la sociedad, en la cual el hombre comienza a vivir para los otros” (Comte, 1979:104).

El orden social lo integra la familia “que es la sociedad más íntima y la más restringida, elemento necesario de las otras dos” (Comte, 1974:24) que son la ciudad y la iglesia. Dentro del grupo familiar el individuo adquiere los primeros sentimientos sociales, la familia es la fuente primera de la educación moral (Comte, 1979:112). La familia constituye la base primitiva de la verdadera iglesia, más en el orden moral que en el aspecto social (Comte, 1979:162).

A las mujeres corresponde un rango moral dentro de la estructura familiar; la función de la mujer a este nivel sostiene que la madre, la esposa y la hija son las encargadas de desarrollar en los demás seres humanos la “veneración, la afición y la bondad”, elementos que contribuyen a conformar el progreso y el orden, así como la solidaridad que nos liga a los superiores, a los iguales y a los inferiores.

Además, la mujer dentro de la organización familiar, es decir, como madre, como esposa y como hija, constituye el paso de transición entre el culto privado o personal y el culto público o social. “En torno de la madre se agrupan, naturalmente, en primer lugar el padre, y a veces la hermana; luego el maestro y el protector, y además, las relaciones análogas, que puedan multiplicarse mucho en la familia y fuera de ella”. En este sentido se establece “una serie de adoraciones, cada vez menos íntimas y más generales, de donde resulta una transición casi insensible del culto privado al culto público” (Comte, 1979:165).

En concreto la acción de la mujer dentro de la estructura familiar permite consolidar los aspectos jurídicos que le dan consistencia a nivel social; de esta manera el culto privado conduce al culto social o sistema de reconocimiento legal y normatividad de la familia.

El culto privado consiste básicamente en un proceso de mejoramiento personal llevado a cabo mediante una serie de prácticas religiosas (Comte, 1979:165-166).

Por su parte, el culto público consiste en la institución de los sacramentos sociales (Comte, 1979:167), y sobre todo, que en el presente se glorifique “el pasado para mejor preparar el porvenir, colocándose espontáneamente entre estas dos inmensidades” (Comte, 1979:171, 248).

Entre las funciones de los sacramentos están las que establecen condiciones para la constitución y permanencia de la familia; por ejemplo, respecto a la pareja determina límites de edad, el hombre no puede ser admitido en el matrimonio antes de cumplir 28 años. El sacerdocio aconsejara aun al gobierno extender hasta 30 años el veto legal de la cabeza de familia, a fin de prevenir mejor toda precipitación en el más importante de todos nuestros actos privados. En cuanto a las mujeres son aptas para el matrimonio desde la edad de 21 años, con estos promedios de edad, garantiza una mejor armonía conyugal (Comte, 1979:168-169).

Dentro de las obligaciones asignadas a la mujer, en lo pertinente al cumplimiento de los sacramentos, está el no considerar anárquica, a pesar de su origen revolucionario, la institución del matrimonio civil, como preámbulo necesario del matrimonio religioso; una conducta opuesta a este procedimiento resulta de una usurpación católica que en ninguna circunstancia llevará acabo el positivismo (Comte, 1979:171). También el culto público asigna a la institución familiar un lugar dentro de las festividades positivistas, que son en general de orden político y religioso.

El sistema positivo en algunas festividades glorifica la unión conyugal en toda su plenitud y la considera exclusiva e indisoluble, aun en la muerte. El sacerdocio impulsa en ella un sentir de institución admirable, dado que es la primera base de todo el orden humano, y la que caracteriza cada una de sus fases esenciales, partiendo de la poligamia primitiva, hasta el matrimonio positivista (Comte, 1979:177).

También festeja a la castidad voluntaria, en la que se resalta la necesidad de un control de la procreación humana, además se celebran las uniones excepcionales o desiguales, así como la unión póstuma o consolidación y desarrollo de las más íntimas dulzuras

producto de la pureza y lo estático del amor subjetivo (Comte 1979:177-178).

Otro motivo de festejo es la paternidad completa, tanto involuntaria como adoptiva y la cuestión de la filiación y la fraternidad, la domesticidad, integrada por la célula familiar conjuntamente con los criados y los aprendices (Comte, 1979:177-178).

Continuando con los valores femeninos, la mujer es menos intensa en las inclinaciones personales y, sobre todo, en las más groseras. Sin embargo, la mujer es inferior a nivel cerebral; por tal razón se hace necesaria esta unión íntima, que significa la amistad más perfecta, complementada por la posesión recíproca (Comte, 1979:243-244).

La mujer ante la posición egoísta del hombre es odiosamente sacrificada a sus brutalidades, pero mediante su acción, digamos moderadora, el sexo del hombre llega a ser tan puro como el de ella, así, cuando la ternura surge sin esta excitación grosera, el matrimonio tiene un mejor desarrollo.

Otra función de la familia consiste en mejorar la especie, se debe disciplinar a la pareja para la selección de la especie; la transmisión de enfermedades por la herencia y el nacimiento de niños débiles deben ser controlados, concentrando la función reproductiva en las parejas "convenientemente dispuestas", las restantes deben recurrir a la abstinencia sexual, puesto que "las relaciones sexuales no son directamente necesarias". Comte incluso afirma en este sentido que "durante la vida objetiva, las relaciones sexuales alteran mucho la reacción simpática de la esposa, mezclando a ella una grosera personalidad". La madre será el principal ángel custodio en la medida en que no tenga actividad sexual; "los ángeles no tienen sexo, porque son eternos" (Comte, 1979:246).

Por su parte, la adopción puede permitir a las parejas no dispuestas para la reproducción el desarrollo de las afecciones familiares que los hijos generan. El matrimonio no necesariamente debe, pues, tener resultados corporales, y la mujer en este caso puede y debe cumplir una función moralizadora frente al hombre. La mujer madre debe dirigir el conjunto de la educación humana, "a fin de que el corazón prevalezca en ella siempre sobre el entendimiento" (Comte, 1979:244).

En la organización familiar se subordina una vez más a la mujer; la mujer como madre y como esposa tiene una posición

de carácter espiritual, es decir, está exenta de la vida activa y debe renunciar a todo mando; con este aislamiento queda sujeta a una subordinación económica, intelectual y política.

Toda mujer debe, pues, ser cuidadosamente preservada del trabajo exterior, a fin de poder realizar dignamente su santa misión. Voluntariamente encerrada en el santuario doméstico, persigue en él libremente el perfeccionamiento moral de su esposo y de sus hijos, cuyos justos homenajes dignamente recibe (Comte, 1979:244).

La constitución doméstica descansa materialmente en una regla fundamental con necesario carácter universal y que el positivismo ha sistematizado como sigue: “*El hombre debe alimentar a la mujer*. Equivale a la obligación de la clase activa para con la clase contemplativa”. Esta regla debe ser cumplida siempre; de ahí que la mujer en un principio debe ser alimentada por su padre o sus hermanos y luego por su esposo y sus hijos. A falta de una respuesta familiar en este sentido, “la obligación del sexo activo para con el sexo afectivo se hace general, y el gobierno debe proveer a ella, bajo la inspiración del sacerdocio. Tal es la primera base material de la verdadera constitución doméstica” (Comte, 1979:246).

Pero a cambio de esta supuesta ventaja material en la relación familiar, la mujer renuncia a toda herencia para prevenir cualquier posibilidad de corrupción, y además porque los capitales deben concentrarse en aquellos que deben dirigir su empleo.

La existencia material de la mujer está asegurada y no debe por medio de la riqueza caer en el riesgo de mandar “en vez de amar”. La degradación moral de la mujer es aún mayor cuando se enriquece “por su propio trabajo. La continua esperanza del lucro la hace perder entonces hasta esa benevolencia espontánea” que de otra manera conserva. “No puede haber peores jefes industriales que las mujeres” (Comte, 1979:247). Controlando esta situación, la mujer estará en las mejores condiciones:

[para cumplir] esta admirable máxima de Aristóteles: *La principal fuerza de la mujer consiste en vencer la dificultad de la obediencia*. La educación les habrá preparado a comprender que toda dominación, lejos de elevarlas realmente, las degrada por necesidad alterando su principal valor, por alcanzar por la fuerza el ascendiente que al amor sólo es debido (Comte, 1979:247).

Por su parte, el sacerdote contribuye al sometimiento de la mujer utilizando conductas paternalistas como la protección “contra la tiranía de los esposos y la ingratitud de los hijos, recordando sabiamente a unos y otros los preceptos de la religión positiva acerca de la superioridad moral y el destino social del sexo afectivo” (Comte, 1979:248).

En lo que hace a la permanencia del matrimonio el sistema positivo imprime a la relación matrimonial un carácter indisoluble. El divorcio no está prohibido completamente; pero sólo en un caso la unión conyugal debe ser disuelta:

[...] por la condenación de uno de los cónyuges a toda pena infamante o a la muerte civil. En las demás perturbaciones, la indignidad suficientemente prolongada puede solamente determinar la ruptura moral del lazo, que produce la separación personal, pero sin permitir un nuevo matrimonio. [Esta disposición debe ser aceptada, primero, porque es una condición del orden general del régimen y segundo, porque es] una consecuencia de su error primitivo (Comte, 1979:245).

En cuanto a la posibilidad normativa de la familia, en las disposiciones que son producto de la existencia doméstica se genera una regla fundamental y “que cada cual debe imponerse libremente como base personal del régimen público: *vivir a la luz del día*” (Comte, 1979:249).

En suma, la organización familiar instituye medidas moralizadoras, en las que el primer plano corresponde a la mujer; no obstante en la percepción positivista, tiene lugar una rigurosa jerarquización entre el hombre y la mujer, situación que genera la natural dominación del primero sobre la segunda (Comte, 1979:249).

Educación, poder y dominación

Otro aspecto, caracterizado por el proceso de dominación en el sistema positivo, es la educación. La educación positiva tiene un carácter general, por lo que se difunde entre las grandes clases sociales: los proletarios y el patriciado.

La puesta en práctica de la educación positiva entre las inteligencias populares les permite percatarse de las principales necesidades

colectivas propias de su condición social. Anteriormente no existía una política en el sentido esencialmente popular; “la nueva filosofía es la única que puede instaurarla” (Comte, 1980:148).

Por su parte, el pueblo es el sector más receptivo ante el sistema positivo porque es el único que acepta una sustitución de derechos por una “saludable estimación de deberes esenciales”; de ahí que sea el más dispuesto a asimilar las reglas de conducta conformes “a la armonía fundamental”; en el pueblo el sistema positivo puede encontrar un firme apoyo, es el único dispuesto a comprenderlo e interesarse profundamente en él (Comte, 1980:150-151).

De esta manera, si los proletarios se ubican en una posición de deberes, los patricios giran en torno a los derechos; este es el punto de partida central del sistema positivo para poner en funcionamiento la educación; es decir, una sociedad concebida en su organización jerárquica. Así, los educandos tienen en la escuela positiva los elementos que les señalan su condición y lugar en la estratificación.

El programa educativo consta de tres etapas, la primera comprende desde el nacimiento hasta la adolescencia, el contenido es técnico y artístico, se imparte: “lengua y literatura, música, dibujo, idiomas extranjeros. Dichos conocimientos irán elevando al niño de la concepción fetichista del mundo al politeísmo y monoteísmo” (Comte, 1979: XLVIII).

En la segunda, que incluye la adolescencia y la juventud, “se iniciará el estudio formal de las ciencias. Primero, matemáticas y astronomía, física y química; después, biología y sociología; en fin, la moral, designio último de toda educación”; también se incluye la cultura estética, el griego y latín. “A través de este periodo, el individuo pasará poco a poco del estado metafísico a una concepción positivista del mundo y de la vida” (Comte, 1979: XLVIII).

Por último está la etapa de la educación estrictamente positiva que comprende al Gran Ser o la humanidad. El integrar a los individuos a esta forma general de educación, tiene sus implicaciones. Para Comte, la excesiva especialidad y el pronunciado aislamiento, aspectos característicos de la concepción de las ciencias en el régimen positivo, influyen en la forma de exposición de la enseñanza.

Los distintos elementos de las ciencias naturales deben integrar un conjunto.

Este conjunto debe llegar a ser, pese a todo, en una escala más o menos extensa, la base permanente de todas las combinaciones pedagógicas, incluso para las masas populares [En relación con esta búsqueda de lo general en la educación agrega] Para que la filosofía natural complete la regeneración, ya tan preparada de nuestro sistema intelectual, es indispensable que las diferentes ciencias de las que se compone, presentadas a todas las mentes como ramas diversas de un tronco único, sean reducidas ante todo a lo que constituye su espíritu, es decir, a sus métodos principales y a sus resultados más importantes. Solamente así, la enseñanza de las ciencias puede llegar a ser, entre nosotros, la base de una nueva educación general auténticamente racional. El que tras esta instrucción fundamental vengan los diversos estudios científicos especializados, correspondientes a las distintas educaciones especiales que deben seguir a esta educación general, es algo de lo que evidentemente no se puede dudar. Pero la consideración esencial que he pretendido señalar aquí consiste en que todas estas especialidades, acumuladas incluso con grandes dificultades, resultarían insuficientes para renovar realmente el sistema de nuestra educación si no estuvieran fundadas sobre la base previa de esta enseñanza general, resultado directo de la filosofía positiva (Comte, 1981:62).

Dentro de esta concepción general incluye las educaciones especiales, o formas diferentes de enseñanza que han de ponerse en práctica entre los proletarios y el patriciado. El aprendizaje de las ciencias naturales en sentido estricto: astronomía, física, química, etcétera, puede extenderse al proletariado; pero cuando se trata de lo general en relación con la etapa positiva tiene que acudirse a las educaciones especiales; es decir, la moral positiva de los proletarios y la del patriciado; sitúa a los proletarios en el campo de los deberes y a los patricios en el de los derechos.

En estas condiciones la tendencia general de la educación positiva está orientada a aplicar entre los principales sectores de la sociedad los elementos teóricos que los ubiquen en forma precisa en su nivel de clase correspondiente y con base en el orden y la armonía (Comte, 1979:77).

Respecto a la educación proletaria, la carencia de “toda cultura especulativa”, a primera vista pudiera presentarse como una grave dificultad:

[pero en realidad, en cuanto a la] carencia habitual de esta clase de cultura regular que reciben hoy las clases letradas, no temo caer en una

exageración filosófica al afirmar que ello es, para las clases populares, una notable ventaja, en lugar de un verdadero inconveniente [...] sería difícil concebir ahora una preparación más irracional y, en el fondo, más peligrosa para la conducta ordinaria de la vida real, sea activa, sea incluso especulativa, que la que resulta de esa vana instrucción primera de palabras y luego de entidades, en la que todavía se pierden tantos preciosos años de nuestra juventud (Comte, 1979:141-142).

Como pudo verse en el apartado correspondiente a la división del trabajo, el autor descarta la actividad intelectual de los proletarios en el régimen positivo, y ahora, respecto a la filosofía especulativa refiere la posibilidad de una formación intelectual del proletariado que pueda influir para que rebase los límites del marco positivo y genere los inconvenientes inevitables.

Es, por lo tanto, pertinente que el proletariado no asimile ninguna forma de preparación distinta a la positiva. El que no se difunda entre ellos la educación escolástica descarta la posibilidad de una deformación respecto al objetivo final del positivismo: la educación moral (Comte, 1979:143). Eliminada esta posibilidad los proletarios quedan, según Comte, y parodiando a Bacon y a Descartes, como una *tabla rasa*.

En efecto, no sólo este buen sentido, tan justamente preconizado por Descartes y Bacon, debe hoy encontrarse más puro y más enérgico en las clases inferiores, incluso en virtud de esa afortunada ausencia de cultura escolástica que las hace menos accesibles a los hábitos vagos o sofisticos [...] La escuela positiva deberá, pues, encontrar naturalmente un acceso más fácil para su enseñanza universal, y una más viva simpatía para su renovación filosófica, cuando pueda penetrar de modo conveniente en ese vasto medio social (Comte, 1979:144-145).

Los proletarios en su tarea exclusiva de enfrentamiento con la naturaleza y, en consecuencia, relegados de la actividad intelectual, logran una despreocupación material que los aproxima a la "verdadera clase contemplativa". Las mujeres y los proletarios están al tanto de la "reacción del sentimiento moral sobre la inteligencia" característica propia de la filosofía positiva (Comte, 1979:145). En estas circunstancias los proletarios en el régimen positivo se convierten, en los mejores divulgadores universales. Sus condiciones a nivel intelectual les dejan libres de los puntos de vista que a los estudios

aportan, de forma más o menos directa a las clases superiores, por lo regular preocupadas “por cálculos ávidos o ambiciosos” (Comte, 1979:146).

Las mujeres y los proletarios no pueden, no deben convertirse en doctores “ni tampoco lo quieren” (Comte, 1979: 144).

En resumen, una formación de los proletarios que alcance el nivel de los individuos letrados sería inconveniente, porque desarrollaría en ellos el desagrado por las ocupaciones materiales y los tornaría excesivamente ambiciosos. “Pero, por fortuna, están ellos en general menos dispuestos aún a solicitarla que los demás a concedérsela” (Comte, 1979:147).

El nivel educativo que el positivismo propone para el proletariado es apenas el indispensable para que le ubique en su función exclusiva de deberes o de sometimiento material y político y, por el contrario, el programa que en este ámbito asigna a los sectores dominantes les instruye en el sistema de derechos o de control y dominación sobre la sociedad y sus procesos; de esta manera, la educación positiva tiene un carácter de impartición jerarquizada o clasista.

DETERMINACIÓN MATERIAL DE LA SOCIEDAD Y SUS CONSECUENCIAS

En el planteamiento del proceso civilizatorio el autor indica que la sociedad en su conjunto está determinada por las modalidades que impone el régimen positivo, y se concreta en la sociedad industrial capitalista. El proceso social lo determinan acciones individuales fundamentadas en las leyes generales, y sólo admiten variaciones que no rebasen la línea media de desarrollo impuesta por la sociología positiva.

En el planteamiento teórico, Comte destaca la relación entre lo absoluto y lo relativo, enmarcada en la estática y la dinámica respectivamente; es decir, la estática social admite un proceso dinámico que culmina en un momento estático. En esta relación lo dinámico integra lo relativo y lo estático lo absoluto, siendo predominante en términos de los aspectos concretos y específicos, lo relativo, y en lo que corresponde a lo general y abstracto se impone lo absoluto.

Las circunstancias que anteceden nos indican que las leyes generales e invariables determinan, en primera instancia, todo

proceso social. El predominio de las acciones individuales de los hombres superiores sobre lo histórico social concreto implica una negación de la presencia del sujeto social haciendo suyo su entorno dentro del acontecer histórico; en estas circunstancias los individuos superiores como sujetos desubjetivadores y desobjetivadores, esto es, en su función de controladores de la posibilidad de realización de la integridad del ser humano y sus derechos, son quienes al fin construyen el quehacer social; así, el conjunto de las acciones individuales se imponen al devenir histórico del proceso social porque rompe la interacción estática-dinámica-estática.

De esta manera, el aspecto subjetivo, producto de la capacidad de los individuos superiores, es el punto de partida indispensable para la integración de las leyes generales e invariables que determinan el acontecer social. Todo elemento colectivo resulta finalmente del concurso de los esfuerzos meramente personales.

Ahora bien, si por una parte la acción individual superior conforma la base de la estructura social en general y, por otra, esa estructura general termina siendo estática; toda posibilidad de conocer el carácter histórico social, tanto de la condición de los hombres como de las estructuras y de los procesos sociales que esos hombres crean, desaparece.

En estas circunstancias, cualquier referencia a lo *relativo* no significa la caracterización histórica de los procesos sociales; por el contrario, la determinación material de las condiciones sociales generales de los hombres es negada.

En el anterior sentido, Comte indica que su teoría ha sido de manera inadecuada denominada materialista y atribuye este hecho a la actitud positivista frente a los métodos y doctrinas del pasado. De esta manera, sostiene que su filosofía está libre de toda interpretación materialista, y la atribución que en este sentido se pretende hacer a su planteamiento es resultado del tiempo que el espíritu positivo se ha limitado

[...] a los más simples estudios, no habiendo podido extenderse a los más eminentes sino por una sucesión espontánea de grados intermedios, ha debido realizar cada una de sus nuevas adquisiciones, primero bajo el ascendiente exagerado de métodos y doctrinas propias al dominio anterior. En semejante exageración consiste, a mis ojos, la aberración científica a la que el instinto público aplica con justicia

el calificativo de *materialismo*, porque, en efecto, tiende a degradar siempre las más nobles especulaciones, asimilándolas a las más groseras (Comte, 1979:89).

Con la determinación de las ciencias generales o superiores a las particulares o inferiores –porque son las ciencias generales con sus leyes las “que rigen las diversas clases de fenómenos, considerando todos los casos que se puedan imaginar” (Comte, 1981:82)–, quedan los referidos fenómenos excluidos de cualquier circunstancia concreta y real que los pudiera caracterizar.

Así, el pensamiento positivo reafirma su posición permanente en el sentido de que lo intelectual, subjetivo, superior, general, racional, intencional, estático, moral, dogmático, el orden y lo particular se contraponen a toda concepción de la sociedad que tome como punto de partida lo esencial, imprescindible, específico e histórico.

En este sentido, la filosofía positiva significa la redención de la humanidad; constituida como una respuesta al materialismo, no obstante, si la vía positiva se sustentaba sólo en el espíritu teológico-metafísico era insuficiente, y tales obstáculos “no podían impedir la enérgica ascensión del materialismo, investido así, a ojos de la razón moderna, de un cierto carácter progresivo por su prolongada amistad con la justa insurrección de la humanidad contra un régimen que se había hecho retrógrado”; pero la dominación opresiva de teorías inferiores como era el caso del materialismo, comprometía “la independencia y la dignidad de los estudios superiores” (Comte, 1979:90).

Frente a la concepción materialista, el autor asume una posición radical y afirma que el positivismo rechaza tanto al espiritualismo como al materialismo, el uno por retrógrado y el otro por anárquico; estas dos tendencias dificultan la elaboración de la ciencia final. Esta doble eliminación se halla en consecuencia ligada “al conjunto de la regeneración social, que puede sola dirigir un conocimiento exacto de las leyes naturales propias a los fenómenos morales y políticos” (Comte, 1979:90).

Una forma contrapuesta al materialismo que conduce al positivismo es la moralización de la sociedad. La sociedad occidental saturada por la enajenación mental ha llegado al punto de que ninguna “máxima social supera a una discusión corrosiva, sólo los sentimientos sostienen el orden occidental” (Comte, 1979:131).

Una manera de rescatar la sociedad de la situación anómala es la veneración, ya que constituye el signo “decisivo que caracteriza a los revolucionarios susceptibles de una verdadera regeneración, por atrasada que esté aún su inteligencia, sobre todo entre los comunistas no ilustrados” (Comte, 1979:131). Sin embargo, aunque la veneración aparece como síntoma en la inmensa mayoría de los sectarios de las escuelas “negativas o negadoras”, la mayor parte de sus jefes carecen de ella.

Estos hombres verdaderamente indisciplinados ejercen, pese a su corto número, una vasta influencia que dispone a la fermentación subversiva a todos los cerebros desprovistos de convicciones inquebrantables. Contra esta peste occidental, no puede por ahora existir otro recurso habitual que el desprecio de los pueblos o la severidad de los gobiernos. Es, por lo tanto, importante en la modificación de las tendencias anárquicas la acción del sentimiento femenino asistido luego por la razón proletaria (Comte, 1979:131-132).

El pueblo tiene que librarse, pues, de la acción de esos “peligrosos charlatanes”. Dicho en otras palabras, toda concepción materialista o fundamento social en lo concreto y en la historia, debe ser sustituida por la moral.

LA BASE ECONÓMICA, LOS ECONOMISTAS Y LOS PROLETARIOS EN LA ESTRUCTURACIÓN DEL SISTEMA POSITIVO

Quedó sentado que para Comte no es posible una determinación de la sociedad por sus condiciones materiales y sus relaciones históricas, desde esta perspectiva, se opone a los economistas. Les critica, por ejemplo, que hayan distorsionado la teoría de Adam Smith y los reta a que demuestren:

[...] cuánto han perfeccionado y completado eficazmente la doctrina de este maestro inmortal, cuántos descubrimientos realmente nuevos agregaron a sus acertadas ideas iniciales que, por el contrario, aparecen desfiguradas por un vano y pueril despliegue de formas científicas (Comte, 1979:58-59).

Sostiene que estos hombres se han perdido en las disputas estériles acerca de los conceptos de “valor, utilidad, producción, etcétera”, y se han aislado así del conjunto de la filosofía social; advierte que esto no le es posible a la economía política porque significaría reducir lo más general, la física social, a lo concreto y práctico, una posible base material de la sociedad, y añade: “es indudable que el análisis económico o industrial de la sociedad no puede aplicarse positivamente, haciendo abstracción de un examen intelectual, moral y político” (Comte, 1979:59).

En torno a la naturaleza y al objeto de la economía política, señala:

[estos filósofos] se han persuadido de muy buena fe de haber llegado por fin, imitando a los sabios propiamente dichos, a someter definitivamente al espíritu positivo a lo que denominan ciencia económica, de modo que diariamente proponen su manera de proceder como el modelo según el cual tienen que ser regeneradas en definitiva todas las teorías sociales (Comte, 1981:244).

La contrarrespuesta a este intento de los economistas es el planteamiento positivo; porque en él se superan en forma suficiente las pretensiones científicas de los hombres ocupados de la economía, surgidos en su gran mayoría de las filas de los abogados o de los literatos, no han podido agotar el espíritu habitual de racionalidad positiva. Esta pretensión de la nueva ciencia tiene sólo un carácter metafísico, puesto que la educación de quienes lo intentan es ajena, incluso hasta en los fenómenos más simples, “a toda idea de observación científica, a toda noción de ley natural, a todo sentimiento de demostración legítima, es evidente que, cualquiera que pueda ser la fuerza intrínseca de su inteligencia, no han podido aplicar de golpe decorosamente a los análisis más difíciles un método del que desconocen absolutamente las aplicaciones más simples”, máxime que la preparación filosófica no supera algunos “preceptos vagos e insuficientes de lógica general, incapaces de alguna eficacia real” (Comte, 1981:245).

En estas condiciones, el conjunto de trabajos de los llamados filósofos determina definitivamente que “todo juez competente y ejercitado” los considere en sus aspectos más decisivos como concepciones metafísicas. Para Comte la única excepción, en

este caso, es Adam Smith, quien no pretendió en absoluto formar una nueva ciencia –puesto que esa función se asigna a la filosofía positiva–, sino tan sólo esclarecer diferentes puntos “esenciales de filosofía social, mediante sus luminosos análisis relativos a la división del trabajo, al papel fundamental de las monedas, a la acción general de los bancos y a tantas otras partes principales del desarrollo industrial de la humanidad” (Comte, 1981:245-246).

Se podría decir, sin embargo, que Comte hace justicia a la ciencia económica cuando sostiene que ha contribuido en forma transitoria a la conformación del sistema positivo, “dentro de una intención menos científica y más política, esa doctrina constituye realmente una última parte esencial del sistema total de la filosofía crítica, la cual ha ejercido, durante el periodo puramente revolucionario, un papel tan indispensable, si bien simplemente transitorio”; pero agrega que su tarea concreta ha sido la de una inmensa lucha intelectual de descrédito al conjunto de la “política industrial que, desde la Edad Media, desarrollaba cada vez más el antiguo régimen social y que, al mismo tiempo, se hacía incesantemente más perjudicial para el desarrollo general de la industria moderna” (Comte, 1981:249).

Asimismo, cuando la ciencia económica pretende inmiscuirse en el nivel dogmático del sistema positivo su acción resulta negativa, toda vez que “el espíritu general de la economía política conduce hoy en día sustancialmente a erigir en dogma universal la ausencia necesaria de toda intervención reguladora de cualquier tipo, como constituyendo, debido a la naturaleza de su objeto, el medio más conveniente de secundar el desarrollo espontáneo de la sociedad” (Comte, 1981:250).

No obstante, en un nuevo intento de reconocimiento al papel de la economía política, Comte agrega que se destaque la “disposición simultánea de la economía política actual a representar inmediatamente los diversos intereses humanos, en el género menos noble de las relaciones sociales, como necesariamente solidario y, en consecuencia, susceptibles de una conciliación fundamental estable” (Comte, 1981:251); mediante esta aportación de los economistas, para la sana filosofía ha sido más factible menguar el prejuicio funesto e inmoral que entre los individuos y entre los pueblos “representaba la mejora de la condición material de unos como no pudiendo resultar sino de un deterioro correspondiente de los demás; lo que venía, en el fondo, a negar o a desconocer el desarrollo industrial,

suponiendo necesariamente constante la masa total de nuestras riquezas". Pero al lado de "este gran servicio que la legítima ciencia social deberá recoger y completar cuidadosamente, la tendencia metafísica de la economía política a impedir la imposición de toda disciplina industrial no sigue siendo menos gravemente peligrosa"; debido a que la no aplicación de la disciplina industrial, perturba el modo de "existencia de las clases trabajadoras" (1981:251-252).

El remedio a este mal necesario, llamémosle así, no es la posición arbitraria de los economistas, quienes "no saben más que repetir, con una pedantería despiadada, su estéril aforismo de libertad industrial absoluta". Es, por lo tanto, necesario tener en cuenta en este sentido que "todas las cuestiones humanas, miradas bajo un cierto aspecto práctico, se reducen necesariamente a simples asuntos de tiempo", a la larga estas perturbaciones transitorias alcanzarán una mejora real y permanente; pero a este proceso, digamos natural, se interpone la acción imprudente de los economistas en la que parecen olvidarse "que la vida del hombre está muy lejos de permitir una duración indefinida"; no obstante que el tiempo requerido para tales logros pueda comprender siglos (Comte, 1981:252).

Estas estimaciones permiten concluir al autor que la economía no debe ser una parte constitutiva de la nueva física social. La predilección pasajera que esta ciencia parece tener del espíritu humano la atribuye a la falta de consolidación del sistema positivo; una vez realizada esta condición filosófica concluirá todo interés intelectual en esa ilusoria apariencia (Comte, 1981:254).

Comte, en su preocupación constante por la posibilidad de una sustitución de la filosofía positiva por la ciencia económica, no cuestiona al conjunto de los economistas sino a los que pretenden reemplazar la ciencia positiva por la ciencia económica (Comte, 1981:249). Insiste en un aspecto central respecto a la constitución y permanencia del régimen positivo: la división del trabajo.

Antes quedó sentado que los intelectuales determinan y mantienen el control en el régimen positivo; sin embargo, los intelectuales, y en concreto los economistas, no avalan incondicionalmente el planteamiento comtiano. Esta situación instó a Comte a lanzar constantes y severas críticas a los charlatanes que suponen como factor determinante de la sociedad el económico.

La determinación económica de la sociedad impide el logro del objetivo final del régimen positivo, es una disposición desesta-

bilizadora debido a que en la medida en que el bienestar social radica en las mejores o peores condiciones económicas, la búsqueda de esas mejoras implica el desorden entre las clases trabajadoras y el consiguiente impedimento de un desarrollo armónico y constante de la sociedad industrial.

Los economistas e intelectuales en general, dedicados a la tarea desestabilizadora del régimen positivo, utilizan para este fin:

1. La extraña proposición económica de suprimir el uso de monedas y, por tanto, de reconducir así a la sociedad, con fines de progreso, a los tiempos de los cambios directos.
2. El proyecto de destruir las grandes capitales, principales centros de la civilización moderna, en cuanto centros próximos de corrupción social.
3. La idea de un máximo de salario diario, fijado incluso a un tipo muy módico, que no podría sobrepasar, en ningún caso, los beneficios reales de una industria cualquiera.
4. El principio, todavía más subversivo y, no obstante, muy dogmáticamente expuesto en nuestros días, de una rigurosa igualdad de retribución habitual entre todos los trabajos posibles.
5. Por último [...] la abolición absoluta de la pena capital, en nombre de una vana asimilación metafísica de los criminales más indignos a simples enfermos (Comte, 1981:91).

Estas reivindicaciones pretenden eliminar la estructura social del sistema positivo existente y, en consecuencia, su forma de gobierno correspondiente; pero la posesión del poder en este sistema, que sería en última instancia el objetivo de los movimientos populares, puede estar solamente en manos de las clases superiores. La naturaleza del sistema positivo impide “evidentemente que los proletarios esperen, ni siquiera deseen, ninguna participación importante en el poder político propiamente dicho” (Comte, 1980:149). Al respecto, Comte sostiene: “El pueblo sólo puede interesarse de verdad por el uso efectivo del poder, cualesquiera que sean las manos en que resida, y no por su conquista especial” (Comte, 1980:150).

En suma, al pueblo no corresponde “la vana y tormentosa discusión de los derechos”, sino la “estimación de los deberes esenciales”; sin embargo, esta indiferencia es en cuanto al poder político, porque, en cambio, no puede “nunca renunciar a su indispensable participación continua en el poder moral que, siendo el único verdaderamente accesible a todos”, no trae consigo peligro alguno para el orden universal (Comte, 1980:150-151).

Las reivindicaciones políticas de los proletarios dirigidas a la destrucción del poder en manos de las clases superiores, impiden advertir a estas clases inferiores que la “justa satisfacción de los grandes intereses populares depende de las opiniones y de las costumbres más que las instituciones mismas, cuya verdadera regeneración [...] exige, ante todo, una reorganización espiritual” (Comte, 1980:151-152). Esta reorganización naturalmente incluye a las clases superiores. Al respecto, Comte agrega que la escuela positiva tendrá más opción de poner en funcionamiento la saludable enseñanza en los sectores populares porque no se encuentran tan arraigados en la metafísica negativa o por “el impulso constante de las necesidades sociales inherentes a su situación precaria”. Sobre estas necesidades el autor fundamenta el programa social de los proletarios, que consiste en “asegurar convenientemente a todos, en primer término la educación normal, luego el trabajo regular; tal es, en el fondo, el verdadero *programa social de los proletarios*” (Comte, 1980:152). Mediante este programa el régimen positivo cumple su compromiso con las clases dominantes frente a los proletarios e impide toda determinación económica que pudiera contrarrestar su normatividad establecida.

CAMBIO Y DOMINACIÓN

Comte en los *Primeros ensayos* deja sentado como principio básico del cambio la ley superior del progreso del espíritu humano. La determinación del cambio por la acción humana es prioritaria en el proceso de cambio que impone la civilización, predomina un movimiento medio que es el que finalmente determina las posibles oscilaciones (Comte, 1979:135), que resulta de la acción del “sistema social o élite de la especie humana” (Comte, 1979:160) integrada en última instancia por los individuos más aptos.

La sociedad industrial es el objetivo fundamental del positivismo, su constitución está a cargo de los intelectuales o patriciado, de los industriales y del sacerdocio, aunque corresponde colaborar, más no decidir, a las mujeres y proletarios.

A todo proceso antecede lo estático o el orden, y deviene el momento dinámico o del progreso para constituir el régimen positivo o sociedad del orden. El progreso significa superar las

formas retrógradas de la sociedad y alcanzar la etapa industrial; a este nivel, la sociedad no requiere de cambios y puede conservarse en una forma estática, esto es, dentro del orden.

La universalidad de las leyes tiene una unidad basada en la espontaneidad vital subjetiva, gracias a su independencia de las concepciones del mundo exterior o a su fundamentación en la interioridad mental subjetiva.

En la determinación política del cambio el autor no admite la posibilidad de transformación de las instituciones temporales, puesto que ninguna de éstas puede modificar la hostilidad entre patronos y obreros:

[no eliminan las tendencias de los patronos a] abusar de su posición para reducir los salarios y el trabajo, y en los obreros de obtener por la violencia lo que la vida trabajadora no puede procurarles. La solución de esta grave dificultad exige indispensablemente la influencia continuada de una doctrina moral, que imponga a los patronos y a los obreros unos deberes mutuos y conformes con sus relaciones recíprocas (Comte, 1981:277-278).

También el cambio político apunta al proceso gradual y controlado de las facultades humanas; es decir, a una transformación que no puede consistir más que en una sumisión “racional a la preponderancia única, convenientemente constatada, de las leyes fundamentales de la naturaleza” (Comte, 1981:141); puesto que la “libertad absoluta” no sirve a la inteligencia más que para hacer crecer de manera ascendiente la aberración audaz de los espíritus menos competentes. Corresponde, pues, sólo a la política positiva establecer los verdaderos principios sociales e impedir el imperio de las voluntades arbitrarias (Comte, 1981:142).

La tarea de fundamentar los principios sociales por parte de la filosofía positiva constituye para Comte la forma legítima de la existencia de las *ideas revolucionarias*, puesto que es la única que puede erradicar las formas retrógradas, perturbadoras y estériles que anteceden el espíritu científico (Comte, 1981:143).

En lo político la física social ofrece una nueva filosofía respecto a “la mejora fundamental de la condición social de las clases inferiores, lo cual constituye ciertamente la dificultad más grave de la política contemporánea” (Comte, 1981:144).

El cambio o proceso revolucionario no consiste en una apertura artificial de las ambiciones populares más activas. La apertura al “expediente irracional” deja sin modificación alguna la cuestión principal.

El grupo de hombres que buscan a partir del cambio “el desclausamiento universal”, no contribuyen más que a agravar el futuro al suscitar nuevos y más contundentes obstáculos a la verdadera reorganización social, como es el de “suprimir directamente toda propiedad efectiva”, queriendo con ello aportar a un mal permanente un remedio perdurable;

[dado que] la masa de nuestra especie, por una fatalidad insuperable [...] debe seguir integrada indefinidamente por hombres que viven, de una manera más o menos precaria, de los frutos de un trabajo diario, está claro que el auténtico problema social consiste, a este respecto, en mejorar la condición fundamental de esta inmensa mayoría sin desestratificarla en modo alguno y sin perturbar la economía general indispensable (Comte, 1981:145).

Por el contrario, a todas estas manifestaciones de cambio opuestas al verdadero orden social corresponde la respuesta positiva, puesto que su política, dada su naturaleza, está destinada a “dirigir la estratificación final de las sociedades modernas”.

Al disipar irrevocablemente todo vano prestigio, y al tranquilizar plenamente a las clases dirigentes contra toda invasión de la anarquía, la nueva filosofía es la única que podrá dirigir útilmente la política popular propiamente dicha [...] sea para desviar del orden puramente político lo que depende del orden intelectual y moral, sea para inspirar, a la vista de males definitivamente incurables, una sabia y firme resignación (Comte, 1981:145).

La posición política es, entonces, un factor decisivo para el cambio; la mujer con su “saludable exclusión política” es un elemento indispensable en esta tarea; es ella quien contiene los estragos morales, es la fuente de bondad, el antídoto a la cólera y a la envidia, y el oponente central a los comunistas. “Sin la digna intervención del sexo afectivo, la disciplina positiva no llegará a rechazar hasta los últimos lugares a esos pretendidos pensadores”, y con mayor

razón cuando el pueblo no puede avalar al sacerdocio contra esos peligrosos charlatanes (Comte, 1979:132).

La posibilidad de cambio es también factible gracias a una “vinculación espontánea de las cabezas con los brazos”; lo que tiende a imprimir “a la causa común un carácter de grandeza especulativa y de unidad congruente, que debe contribuir poderosamente a un éxito final, y que no cabría realizar de otra manera” (Comte, 1979:145-146).

En el proceso de cambio todos los derechos “suponen necesariamente una fuente sobrenatural”, son sustraídos a la discusión humana y concentrados en los jefes, desde donde tienen una verdadera eficacia social. “Todo derecho humano es, pues, tan absurdo como inmoral” (Comte, 1979:248-249); con este antecedente las manifestaciones de derecho resultan ambiciosas y perturbadoras; cuando se presenta tal deterioro, corresponde la tarea de recuperación al sacerdocio; los jueces, por su parte, deben vivir *a la luz del día*, disposición que prescribe constante respeto a la verdad y estricto cumplimiento de las promesas.

Un elemento más que se interpone en las pretensiones revolucionarias de grupos opositores al sistema industrial o régimen positivo son las acciones del Estado por medio de la cooperación y la solidaridad. En la concepción positiva sólo pueden llamarse Estados “aquellos cuyas partes están unidas sin violencia alguna, por el sentimiento espontáneo de una actividad solidaria”. Todo el régimen público se concentra en la máxima: “Caridad de los fuertes hacia los débiles; veneración de los débiles hacia los fuertes” (Comte, 1979:250-251).

Con base en estos antecedentes, el cambio político es un proceso de imposición a partir del dominio de las normas para el desarrollo industrial, personificadas en el gremio capitalista, en el Estado y sus mecanismos jurídicos; entre éstos los que le hacen aparecer como un Estado benefactor, gracias a la práctica espiritual que invita a los más fuertes, por medio de una recomendación moral, a disminuir su egoísmo contra los más débiles y colaborar con estos grupos inferiores, pero sin cederles el manejo de las actividades intelectuales en los procedimientos económicos, laborales, jurídicos, educativos y morales.

También el cambio en el régimen positivo tiende hacia un objetivo moral universal, con el propósito de que en los sectores

menos aptos de la sociedad se dé un reconocimiento voluntario de su incapacidad, y se excluya así todo mecanismo de fuerza que pueda conducir a la violencia; la sociedad industrial positivista debe lograr la superación de la fuerza o del militarismo, y a cambio, la forma de poder que ha de prevalecer es la moral.

La nueva religión debe avalar la “dignificación” del trabajo a partir de mecanismos de dirección, elaborados por los individuos capaces de hacer de las actividades laborales una fuerza con la dinámica que requiere el proceso de industrialización.

El cambio debe, por lo tanto, dar lugar a la nueva ética; porque la ética tradicional no satisface la necesidad de crear entre los trabajadores una conciencia de responsabilidad y eficacia en el trabajo, que responda a los requerimientos de la producción industrial por parte de los dueños únicos de la riqueza, a quienes “debe el constante reconocimiento” de su capacidad para apropiarse y conservar los medios de producción, fuente de su propia subsistencia; los trabajadores deben asimilar la consigna de que gracias a los dueños de la propiedad privada pueden tener acceso a una fuente de trabajo; este es un principio básico que debe regir la moral del régimen positivo y, por lo tanto, forma parte del cambio fundamental.

Con este antecedente, el orden como factor integrado al proceso industrial no lo sostiene el total de los individuos, puesto que esta facultad no está generalizada entre todos ellos. Las “razas poco inteligentes ignoran esencialmente el orden que admira el mundo occidental”; de ahí que corresponde a las razas ubicadas en este espacio geográfico difundir el sistema universal, no sólo entre los mismos occidentales sino también en las colonias, sobre todo en las americanas (Comte, 1979:258).

Para reafirmar el cambio dentro del proceso que conduce al orden, la sociedad positiva tiene como lema central: *El progreso como desarrollo del orden* (Comte, 1979:210); de tal manera que cuanto más se avanza hacia la sociedad industrial más cerca está la posibilidad de una sociedad consolidada, de una sociedad en equilibrio, en orden, es decir, establecida en forma definitiva.

CONCLUSIÓN

Las características aquí plasmadas del régimen positivo guardan toda relación con el sistema capitalista y su proceso de acumulación bajo los estándares de la dominación.

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, Raymond (1976), *Las etapas del pensamiento sociológico*, tomos I y II, Buenos Aires, Siglo Veinte.
- Arriarán, Samuel (1997), *Filosofía de la posmodernidad*, México, UNAM.
- Belaval, Ivon (dir.) (1998), *Racionalismo, empirismo, Ilustración, historia de la filosofía*, tomo 6, México, Siglo XXI Editores.
- Comte, Augusto (1979), *La filosofía positiva*, Selección de Francisco Larroyo, México, Porrúa.
- (1980), *Discurso de filosofía positiva*, Argentina, Aguilar.
- (1981), *Primeros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1981), *Física social*, España, Aguilar.
- (1981), *Curso de filosofía positiva*, primera y segunda lecciones, Argentina, Aguilar.
- Darwin, Carlos (1969), *El origen de las especies*, tomo I, México, UNAM.
- Durkheim, Émile (1982), *Las formas elementales de la vida religiosa*, España, Akal.
- (1986), *El suicidio*, México, La Red de Jonás.
- (1999), *La división del trabajo social*, México, Premiá, Colofón.
- Frenette, Laurin Nicole (1976), *Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa*, España, Siglo XXI Editores.
- Giddens, Anthony (1999), *La tercera vía*, España, Taurus.
- Gouldner, Albin (1970), *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Roitmann Rosenmann, Marcos (2003), *El pensamiento sistémico. Los orígenes del social-conformismo*, México, UNAM/Siglo XXI Editores.
- Sohn Rethel, Alfred (1979), *Trabajo manual y trabajo intelectual*, Colombia, Editorial Viejo Topo.
- Sydney Marvin, Francis (1978), *Comte*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, Alain (1999), *¿Cómo salir del liberalismo?*, México, Paidós.
- (1999), *Crítica de la modernidad*, Argentina, Fondo de Cultura Económica.

- Wallerstein, Immanuel (coord.) (1996), *Abrir las ciencias sociales*, México, UNAM/Siglo XXI Editores.
- (2001), *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido*, México, Siglo XXI Editores.
- Weber, Max (1969), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península.
- (1972), *Ensayos de sociología contemporánea*, España, Martínez Roca.
- (1981), *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, México, La Red de Jonás, Premiá.
- (2001), *¿Qué es la burocracia?*, México, Coyoacán.
- Zea, Leopoldo (1981), *El positivismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica.